

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

*Jorge Luis de León González **

*Víctor del Carmen Avendaño Porras ***

* Doctor en Sociedades Multiculturales y Estudios Interculturales. Adscrito a la Coordinación de Extensión Universitaria de la Universidad Autónoma de Chiapas. jorgedeleon_2000@yahoo.com

** Doctor en Educación. Coordinador académico de la Unidad Académica Multidisciplinaria las Margaritas de la Universidad Intercultural de Chiapas. victor.avendano@hotmail.com

Resumen

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre la identidad y etnicidad regional y sus representaciones vistas desde el imaginario que se utiliza desde el mundo prehispánico hasta la actualidad para reconstruirse como revolucionarios o sujetos globales únicos, de tal forma que se generen rupturas en los comportamientos actuales hasta crear símbolos representativos de la constitución de la identidad local. Se aborda el discurso de identidad que utilizan los actores para posicionarse en un contexto social determinado.

Palabras clave

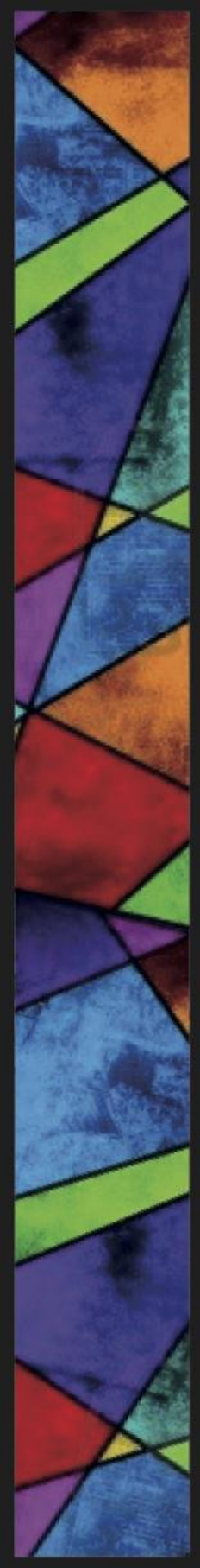
Identidad, etnicidad, poscolonialismo, diversidad cultural, cultura, discurso académico.

Abstract

The aim of this paper is to discuss regional identity and ethnicity and their representations, as seen from the collective imagination that people have used since the pre-Hispanic world until today to reconstitute themselves as revolutionary or as unique global subjects, in such a way that current behaviors are disrupted until symbols are created that represent the formation of local identity. This paper addresses the identity discourse used by different actors to position themselves in a given social context.

Keywords

Identity, ethnicity, postcolonialism, cultural diversity, culture, academic discourse.



La identidad latinoamericana, apreciada desde las ciencias sociales, la filosofía y la literatura desde el siglo XIX, fue pensada como heterogénea, conflictiva y de espíritu barroco, en cuanto a las alternativas previas al discurso de *hibridez posmoderna* del contexto actual de sujetos fragmentados y desarraigados de la globalización¹.

Esta misma identidad que se concibió no tanto en términos de colonización, sino de occidentalización trató de superar la bipolaridad tradicional entre Norte y Sur, entre colonizador y colonizado, donde el sujeto poscolonial se autodefine y se autorrepresenta fuera de ella. Esta corriente dejaba fuera al imperialismo como categoría analítica fundamental en los estudios latinoamericanos previos.

Dicha identidad ya no se basa en representaciones esencialistas, sino que se desdibuja desde la oposición entre lo propio y lo ajeno, pues los imaginarios se integran orientados hacia valores transnacionales y postradicionales hibridizados en la globalidad².

En el estado de Chiapas, la identidad se forma a partir de la diversidad cultural sin reducirse por una parte a lo maya, a lo comunitario indígena o a la finca, y por otra parte a lo que se construye en el medio urbano, a la religión y los nuevos espacios organizativos que abrevan en lo étnico, como resistencia de minorías, que expresan procesos sociales más profundos, manifestados en la creación de significados e imaginarios por los actores en sus interacciones.

La etnicidad entendida en un sentido laxo es clave por la especificidad histórica de los países de América Latina, puesto que permite comprender las interacciones sociales en espacios de fuertes contactos interculturales y de relaciones inter étnicas de los pueblos originarios indígenas.

¹ Arturo Cornejo Polar. Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas. Ed., Horizonte. (1994).

² Julio Ortega. El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina. Pág. 217. Ed., Fondo de Cultura Económica. (1998).

La etnicidad como discurso de identidad posiciona a los actores en los procesos sociales, dicha categoría considera un fenómeno social vinculado a la adscripción de un individuo o grupo con culturas e identidades propias, es decir, una forma de identificación y pertenencia. Se trata de un fenómeno situacional que clasifica personas, regiones, naciones y relaciones entre grupos culturalmente diferentes; al mismo tiempo, supone discriminación y dominación en las relaciones interétnicas e intraétnicas³.

1. Las identidades étnicas

Las identidades étnicas analizadas a partir del discurso presentan una mayor complejidad, porque ya no son simples expresiones fidedignas de las posiciones que ocupan los individuos en el proceso de producción. Estas se diluyen puesto que ya no corresponden a sujetos identificables, sino a meras posiciones de sujeto, porque, además, la subjetividad de un determinado agente social nunca podrá ser definitivamente fijada, puesto que se constituye de forma provisional y a menudo precaria en la intersección de varios discursos⁴.

Por ejemplo, la utilización actual de relatos mitológicos, las etnohistorias del Popol-Vuh, el Memorial de Sololá, los libros del Chilam Balam, en los que los mayas escribieron sus propias versiones sobre la conquista de los españoles, que tienen una apropiación discursiva intencionada puestas en acto en el presente.

La larga vida de esa memoria se explica, entonces, porque era una memoria imaginada para asegurar la sobrevivencia del grupo y a partir de esas fuentes los movimientos construyen sujetos indianistas, *panmayistas*, *mesoamericanos*, en países de la región y en Chiapas, de tal forma que la academia o el pensamiento poscolonial ayuda a esos

³ Por ejemplo, el Estado etnifica, occidentaliza, orientalza, exotiza, otrifica, para convertir en minorías étnicas en su país de origen o en contextos ajenos.

⁴ Gunther Dietz. Multiculturalismo, interculturalidad y educación: una aproximación antropológica. Pág. 22, Ed., Editorial Universidad de Granada y CIESAS. (2001).

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

movimientos a reapropiarse deconstruyendo, desmitificando la prosa colonial⁵.

El uso de símbolos en la construcción de la identidad nacional soslaya diferencias interétnicas que la sociedad dominante acentúa como estrategia de poder; en cambio, el *panindianismo* privilegia similitudes para fortalecer intereses comunes a través de un tipo de nacionalismo cultural diferente al del Estado.

El discurso de la historiografía presenta a los indígenas en su esencia prehispánica, sin romper con su pasado; agente colonizado, por el encuentro colonial y en su diversidad cultural, resultado de procesos desiguales de poder, resistiendo y acomodándose a la explotación externa que deja siempre una impronta en los desarrollos regionales y en el perfil de los sujetos.

El imaginario utiliza el mundo prehispánico para reconstruirlos, liberados de la cultura occidental, como nativos originales o sujetos globales únicos; así se muestran continuidades o rupturas en los comportamientos actuales, hasta crear símbolos representativos de la constitución de la identidad regional⁶.

Esas permanencias son traídas hasta el presente para dar cuenta de la identidad chiapaneca. Se procesan materiales históricos desde el presente, para construir sujetos actuantes a partir de diferentes narrativas sobre los que giran la esencialización de lo étnico actual.

En Chiapas, la dominación ladina se ha expresado fundamentalmente en la posesión de la tierra, por lo que en esa lucha los indígenas han mitificado su territorio como ancestral. De tal modo que se trata de recuperarlo, llegando a invertir los términos, de que su cultura es superior a la que los domina, de que los ladinos carecen de cultura al definirla en oposición a la maya, utilizando la identidad étnica para sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas.

⁵ Enrique Florescano. Los mitos fundadores de Mesoamérica. La Jornada. 24 de junio de 2003. Pág. 5.

⁶ Carlos Lenkersdorf. Hombres verdaderos. Voces y testimonios Tojolabales. Ed., Siglo XXI. (1996).

En este sentido, la academia participa en la construcción de la identidad nacional, reproduciendo tradiciones diversas desde distintas posiciones: para alentar movimientos de descolonización y lograr la identificación subjetiva con cierto tipo de nación o contextualizar cierto tipo de dominio e historicidad.

Los criterios de la visión nacionalista, decimonónica europea para el estudio de la construcción de un país, basados en un solo territorio, un pueblo y un idioma, diverge de nuestra realidad, por lo que pueden ser más válidas las propuestas que enfatizan no solo la etnicidad, sino además una combinación de lenguas, territorios e historias comunes, como sucede en Mesoamérica en la que confluyen varios pueblos de naturaleza pluriétnica que no abandonan sus lenguas o abandonándolas mantienen sus identidades étnicas, aun cuando existe mestizaje biológico y cultural compartiendo una misma raíz y cosmovisión en un mismo espacio que sirvió de base para la formación de la nación mexicana.

La posición indianista más extrema plantea que la invasión europea significó una ruptura de esa civilización que estaba en su máximo esplendor, ejerciendo la libre determinación entre los pueblos, tratándose de varias culturas muy desarrolladas a nivel de Estados nación de Mesoamérica. Después de la invasión, la autonomía se ejercería en resistencia y de manera clandestina.

La existencia de antiguas burocracias centralizadas y élites culturales convirtieron los territorios en Estados nación. Sin embargo, en un mismo territorio no eran homogéneos la descendencia común, el origen étnico, el idioma y la tradición, lo que condujo a pensar en mayorías y minorías nacionales, que el Estado vendría a integrar en una sola nación.

Esta explicación puede ser más válida para Europa en donde los Estados no coincidían con las lenguas ni territorios; las lenguas vernáculas separaron reinos dinásticos de comunidades nacionales sometidas, que intelectuales y burguesías colocaron en la vanguardia de los movimientos nacionalistas populares ganando en conciencia nacional.

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

Visto así, la etnicidad va unida a la formación de Estados nacionales, como estados de conciencia, dando paso a la nación de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, posibilitando el surgimiento del nacionalismo como fenómeno político que la convirtió en la forma de organización política occidental, en cuyo marco se dieron relaciones entre grupos sociales⁷.

La nación es actualmente vista como un conjunto de personas que comparten historia y cultura sobre todo en una misma lengua. Por ello, identidad y cultura se convierten en un asunto del Estado.

A esta afirmación se antepone que la nación se formó como sistema político, con la idea de que es más política que cultural o comunitaria, porque una definición étnica no siempre corresponde a las fronteras del Estado.

Aun cuando para el movimiento indígena actualmente cobra mayor importancia la demarcación de la jurisdicción, esta es clave para obtener la soberanía interna y externa como derecho a definir sus derechos territoriales, así la lucha de los pueblos indios se da por la libre determinación, no por la soberanía, lo que no implica necesariamente la independencia de los Estados constituidos.

En Latinoamérica, el eje de la construcción del Estado nación no es la lengua, sino la recuperación del pasado precolombino por los grupos que aspiran hacerse del poder mediante esa mitologización, los descendientes de los conquistadores; y los indios, sometidos a relaciones estamentales, aunque ajenos a la toma de decisiones, son arrastrados al sentimiento nacionalista⁸.

Esta función de la etnicidad sirve para justificar la existencia de una corriente principal y otras menores, respecto a la dominación y naturalización estereotípica de las desigualdades, clasificando las diferentes identidades sociales.

⁷ Benedict Anderson. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Ed., Fondo de Cultura Económica. (2005).

⁸ *Ibid.*, pp. 272-276.

Los criollos de la Nueva España crean un imaginario nacional, al ser desplazados de los beneficios de la conquista, basado en el patriotismo que sitúa al indio en el discurso de una nueva nación, que desembocaría en un movimiento de independencia nacionalista.

La conformación étnica es resultado, entonces, de un largo proceso iniciado en la colonia, continuado en la independencia y en la creación del Estado moderno a fines del siglo XIX, reforzado cuando los criollos infunden en los mestizos un sentimiento nacional de la diferencia étnica y estos se perciben a sí mismos como parte del grupo dominante, pese a no ser propietarios de los medios de producción.

Los intelectuales especularon críticamente para construir la nación, contribuyendo a definir la idea de mexicanización del nuevo país, a partir de la lengua, religión y cultura que compartían con la metrópoli, de donde provinieron las primeras imágenes nacionales, ejes del movimiento local para dar nación a la etnia y etnicidad al país naciente.

2. La conformación del nacionalismo

El nacionalismo jerarquiza categorías étnicas dentro del futuro Estado, incluyendo a los indios en otro status político-social, para generar un carácter supraétnico a la nación. Otro será el nacionalismo indio que levantará el movimiento donde los conceptos de autogobierno y libre determinación que los líderes usan son aplicados porque son parte de la competencia simbólica, una ideología de oposición frente el Estado nacional vs. minorías étnicas.

La literatura académica definió criterios, como constructos de época, para clasificar a pueblos diversos como naciones y al Estado como representativo de ellas, y el movimiento social produce la idea de que el Estado nación era el conjunto de ciudadanos de un territorio como pueblo soberano.

El nacionalismo, como ideología, creado por la *intelligentzia* asumió, inventó o destruyó culturas, convirtiendo lenguas maternas en idiomas nacionales regulados por el Estado. Más tarde, la antropología mexicana

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

tendría como eje de reflexión a la nación, preocupada por resolver los problemas de la población indígena contribuiría a organizar instituciones indigenistas y el rescate de su historia, teoría y praxis ejercida por los Estados nacionales para producir cambios culturales y socioeconómicos en los pueblos indios, producir homogeneización, transformar a los indios en mestizos como un modelo nacional que persigue la monoetnicidad, promoviendo la occidentalización como el mejor modelo para todos los pueblos.

Otros académicos dirán que eurocentrismo e indigenismo son una forma ideológica de colonialismo interno, para desarrollar el modelo occidental de desarrollo, occidentalización de nativos, mediante la utilización de la educación, el idioma y la cultura.

Los movimientos nacionalistas europeos de la primera posguerra veían la edificación de naciones como unificación de pueblos pequeños y atrasados para su expansión. En la periferia, esta ideología occidental se convierte en antiimperialista, como en el caso del nacionalismo hindú, que contribuye a la descolonización y para la cual la etnicidad se convierte en un arma contra los británicos e inspira los estudios poscoloniales, propiciando un debate sobre identidad y academia que repercuten en Latinoamérica.

Esos estudios se expresaron como *contradiscursos* al construir una nueva frente a los *otros*, dando pie a una serie de estudios periféricos que replantearon el análisis del nacionalismo, la formación de la nación, las insurrecciones campesinas, los procesos de liberación nacional en torno a los ejes del Estado metropolitano y el Estado nacional popular, como agentes del imperialismo y la explotación o de liberación y descolonización.

La versión actualizada del indianismo persigue expresamente también la descolonización. Implica liberación y lucha para ser reconocidas como nacionalidades indias, su inclusión en el marco de la nación con derechos constitucionales y respuesta y búsqueda de nacionalismo indio con ayuda de la academia, del contexto internacional y de organismos como la ONU, que en la década de 1990 se convirtió en una plataforma importante para los pueblos indios.

Otro discurso que vincula identidad y academia es el orientalismo que, desde fines del siglo XVIII, monta una representación textual de la hegemonía cultural occidental, prolongada hasta la posguerra tras instaurarse el dominio anglosajón, con los estudios de áreas culturales⁹.

Esta tradición esencializante de Oriente no trataba de conocer *al otro*, sino de confirmar sus visiones e ideología fortaleciendo su identidad a través de nuevas disciplinas, índices e inventarios para hacer generalizaciones de los otros, que más tarde llegarían a expresarse en categorías étnicas, estereotipos, legitimados culturalmente, confirmando, en la diferencia, sus respectivas identidades que, dentro del marco de la ciencia y la conciencia occidentales, llega a convertirse en tradición académica, en un nuevo contexto, en el que los medios de comunicación de masas juegan un papel importante.

Apoyados en la ciencia, la literatura y la autoridad de la nación se materializó una visión capaz de sustentar la institucionalización del Estado, con una connotación *emic*, dada desde el mundo árabe, pretendidamente como autoridad de la nación, aunque en realidad era una visión *etic* desde el mundo occidental.

Ese discurso de la otredad legitimaba la dominación, encontrando su contraparte en las relaciones interétnicas, al construir socialmente *al otro*. De este hecho identitario surge la etnicidad como fenómeno histórico social asociado a la nación, construido con apoyo de la academia.

Otras posiciones de alteridad se dieron con la teoría del desarrollo, colonialismo interno, la dependencia, sistemas mundiales y la economía política, referentes del pensamiento crítico en América Latina que reforzaron recíprocamente con la academia procesos de independencias

⁹ Según Said, los *orientalistas* prefieren que se les denomine expertos en áreas culturales porque el primer término es vago y recuerda la actitud autoritaria y despótica del colonialismo del siglo XIX y principios del XX. Estos surgen cuando el orientalismo se hace desde Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, con el auge de los Estudios de Área.

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

nacionales y formación de Estados en otras geografías, generalizados en el tercer mundo.

Estas narrativas exotizaban al latinoamericano, basadas en lo real-maravilloso, desde una visión *emic* del otro, influida por el poscolonialismo.

A medida que avanzaban los movimientos de liberación nacional, en la segunda posguerra, se produjeron en América Latina un profundo quiebre identitario, en el cual intelectuales y académicos concibieron la idea *del otro*, como un espejo crítico en el que podían observarse las contribuciones, limitaciones propias y el impacto de esos procesos sociales.

En este contexto se da la crisis de la modernidad, surgen teorías que debaten sobre las relaciones entre identidad y academia, en diferentes procesos tanto en Europa como en Estados Unidos, emergiendo el posmodernismo. En la India la poscolonialidad y los estudios subalternos, el posorientalismo en el mundo árabe y en América Latina el posoccidentalismo.

3. El discurso de la poscolonialidad

La poscolonialidad significa una *dislocación cultural*. Plantea el problema de la definición de la cultura con base en un territorio, supera la bipolaridad tradicional entre Norte y Sur, entre colonizador y colonizado, donde el sujeto poscolonial se autodefine y se autorrepresenta fuera de ella, pero dejaba fuera al imperialismo, como categoría analítica, cuando esta había sido fundamental en los estudios latinoamericanos.

Esta crítica reformula el *nosotros contra ellos*, en una suerte de nacionalismo *postradicional*, cuestionando la representación de *el otro* por el sujeto colonial que, aunque pudiera carecer de objetividad, adquiere una función performativa en las prácticas discursivas como efectos de verdad, porque ha cambiado el lugar de enunciación desde la

periferia en contextos globales de *translocalización* discursiva¹⁰.

Aunque este giro cultural viene del posmodernismo occidental —estructuralismo, semiótica, deconstrucción, genealogía¹¹— se señala la complicidad —institucional y científica— y la voluntad de poder sobre otras culturas en el pensamiento colonizador, pues para los teóricos poscoloniales las primeras víctimas de la modernidad fueron las poblaciones nativas en América, África y Asia, utilizadas como instrumentos en favor de la libertad y el progreso de Occidente.

Los socialistas desarrollaron otro nacionalismo, por el atractivo político que las masas les representaban en sus estrategias de lucha y programas políticos, sus teóricos se convirtieron en uno de los cimientos críticos del poscolonialismo; los debates marxistas en torno a la cuestión nacional cobraron importancia, formándose partidos campesinos que adquirieron de forma natural una dimensión nacionalista, sin abandonar el sentido clasista.

En cambio, el movimiento indio en Latinoamérica actual, legitimado en la diferencia étnica, ha modificado sus demandas clasistas por las nacionales, propiciando un proceso que muda su situación socio-política dentro de sus Estados, con lo cual impactan la ideología nacionalista. En tal contexto la etnicidad juega un papel meramente adscriptivo, pues no define el lugar del grupo en la sociedad, aunque implique sacudirse el sistema jerárquico o de subordinación, empoderando a través de la indianización la emergencia social.

En Chiapas sucede algo parecido con el uso de la etnicidad, con la que el neozapatismo levanta demandas nacionales de transformación, desde

¹⁰ Santiago Castro-Gómez & Eduardo Mendieta. *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Pág. 19. Ed., Miguel Ángel Porrúa. (1998).

¹¹ En América Latina, tuvieron poca recepción porque dejaron de lado el pensamiento latinoamericano (teorías de la liberación y la dependencia) que había creado categorías pertinentes para el estudio de su realidad cultural. Los estudios coloniales hispanoamericanos revaloraron las teorías poscoloniales para un replanteamiento de su objeto de estudio. No obstante, criticaron el uso del posestructuralismo como instrumento teórico “occidental”.

El discurso de identidad y etnicidad en el ideal poscolonialista

el espacio regional, sin buscar el empoderamiento por la vía de las mismas instituciones oficiales, sino a través de procesos de autonomía.

En Latinoamérica, el nacionalismo se presentó como indigenismo. Los indigenistas se apropiaron de la cultura india y exigieron la enseñanza de lenguas vernáculas. Sin embargo, todo esto complejizaba el análisis de la cuestión nacional, dado que en estas sociedades coincidían entidades políticas con las étnicas, desde antes de la llegada de los conquistadores.

En los años ochenta y noventa del siglo XX se constituye lo latinoamericano en paradigma, desarrollándose al mismo tiempo la discusión sobre multiculturalismo, en los debates sobre democracia, nación y ciudadanía, en el marco del resurgimiento de conflictos étnicos en diversos lugares del mundo.

Esta posición expresó la etnicidad en tres vertientes, la utópica de una sociedad diferente —izquierda—, como luchas por demandas de inclusión —derecha— y como ideología del capitalismo global, favoreciendo una generalización de la perspectiva liberal, por la influencia de autores que lo conciben por fuera de sus iniciales objetivos antihegemónicos.

Esto último propiciado por la crisis del marxismo y la afirmación del neoliberalismo, con la consecuente reformulación del multiculturalismo, en el momento en que un grupo de investigadores dentro de universidades norteamericanas lo utilizó para aplicarlo a los estudios latinoamericanos, surgiendo los *estudios subalternos*, que hacían hincapié en categorías de orden político tales como *clase*, *nación* o *género*.

Estos pretendían avanzar hacia una reconstrucción de la historia latinoamericana, sin herencias teóricas del colonialismo, permitiendo revelar la agencia de los subalternos y desplazar la enunciación de las élites a lo subalterno, crear condiciones para la multiplicación de movimientos sociales y la rearticulación de la sociedad civil.

La subalternidad reevalúa el papel del intelectual en la política de representación del sometido, actor activo capaz de elaborar tácticas de resistencia hasta acceder a la hegemonía, convirtiendo a las masas latinoamericanas en protagonistas de la globalización.

La posmodernidad en América Latina impuso una moda homogeneizante, impidió la diferenciación entre clima de época y teoría sin tomar en cuenta la heterogeneidad de los espacios nacionales, en los que los distintos sujetos étnicos pugnan para construir sus respectivos proyectos sociales.

Estos marcos teóricos que presuponían la obsolescencia de la categoría de nación *confundieron lo latinoamericano con lo latinoestadounidense. Más bien, funcionaron como políticas colonialistas, paralelas a las económicas.*

En ese sentido, fue erróneo definir a América Latina como poscolonial, por su pretendida construcción desde el pasado colonial. Lo mismo que por quedar al margen de los procesos de descolonización de la segunda posguerra, produciéndose pocos estudios, consistentes, de esas corrientes.

Al consolidarse el dominio mundial de Estados Unidos se dan nuevas localizaciones geográficas y epistemológicas, se amplía la noción de Occidente hacia América y de América al Nuevo Mundo y de este a América Latina. Los estudios comparados de área convierten al tercer mundo en zona y objeto de las ciencias sociales.

Los latinoamericanistas de la academia estadounidense en los 70 hacen una crítica conceptual desde adentro a la poscolonialidad, basados en el posestructuralismo, dejando de lado las teorías de la liberación y la dependencia que habían estudiado la realidad de y desde América latina, con viejos conceptos tales como *tercer mundo, colonialismo e intelectualidad crítica*, experimentando una translocalización discursiva que opera más allá y más acá de la nación.

Otro latinoamericanismo, llamado de segundo orden, reclama su lugar de enunciación en América Latina frente a la modernidad occidental,

rechaza categorías, discursos y prácticas discursivas dominantes de la colonización, neocolonización y globalización y propone articular conceptos autorreflexivos, deconstruir imágenes coloniales, a partir de la exposición de sus mitos, en suma, una nueva *práctica epistémica antiglobal* y antirrepresentacional que influya en el carácter transterritorializado, postradicional¹² de las especificidades nacionales¹³.

En este escenario, de procesos asimétricos, de interacción entre lo local y lo global, se plantea otro occidentalismo, radicalizado como posoccidentalismo, que pretende descolonizar el discurso académico latinoamericano frente a los contenidos imperialistas de los estudios de área o poscoloniales¹⁴. De modo que si poscolonialismo fue el discurso de la descolonización del *Commonwealth*, el posoccidentalismo la liberaría intelectualmente, diferenciando los intereses latinoamericanos de los estadounidenses, dando al sujeto una situación enunciativa alterna que le permita avanzar hacia una genealogía del pensamiento latinoamericano¹⁵.

Tal planteamiento también se propone desmontar el mito eurocéntrico de la modernidad y revelar el papel fundamental que ha tenido ella en la conformación del sistema de poder mundial, basada en la *colonialidad*, una relación de dominación a la cual le son inherentes las categorías de raza, color y etnicidad¹⁶.

Esta colonialidad del poder, conformada a escala mundial, constituye el capitalismo y la modernidad. Es decir, un nuevo espacio y tiempo histórico que amplía y corrige la definición *foucaultiana* de poder

¹² *Tradición* no en el sentido de las teorías de la modernización, que oponen lo *tradicional* a lo *moderno*, como si correspondieran a un ordenamiento temporal y teleológico. Por el contrario, *tradicional* y *postradicional* son categorías que buscan dilucidar el tipo de *relaciones* que se dan entre lo distante y lo cercano, entre el espacio y el tiempo, en condiciones de globalización.

¹³ Anthony Giddens. Consecuencias de la modernidad. Ed., Alianza, Madrid. (1993).

¹⁴ Último congreso de LASA, Guadalajara, 1997.

¹⁵ Roland Robertson. Globalization: Social Theory and Global Culture. Ed., Sage Publications. (1992).

¹⁶ Enrique Dussel. Europa, modernidad y eurocentrismo. En La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Comp. Edgardo Lander. Ed., CLACSO-UNESCO (2000).

disciplinario al mostrar que los dispositivos erigidos por el Estado moderno se inscriben en una estructura más amplia —mundial— por la relación entre centro y periferia, a raíz de la expansión europea.

Para el posoccidentalismo, fue clave tanto introducir la cuestión étnica en ese análisis —que produce una ruptura en el relato de las Américas al plantear que los latinoamericanos no somos europeos, es decir, occidentales— como rescatar el concepto de Nuestra América¹⁷.

Según esa corriente¹⁸, América Latina fue un invento de Occidente para expresar su centralidad, en el que las Indias Occidentales pasan a ser América y en la etapa de formación de los Estados nacionales —segundo colonialismo— se distinguió la América Sajona de la América Latina. Esta última no fue solo la creación de *otredad*, como opuesto irreductible, sino que el occidentalismo anexaba la diferencia cultural en el discurso de Estado.

Las fuerzas dominantes, en esas tres etapas, reevaluaron lo indígena en oposición a Occidente. En ese sentido los diferentes tipos de indigenismo que estuvieron en boga como discurso de Estado eran y devinieron en occidentalización, porque el modelo de nación que las inspiraba era occidental.

Estas reflexiones en el contexto de la globalización se dan por la crisis de paradigmas cognitivos y un cambio en las condiciones de producción de saberes, asociados a la reconfiguración neoimperial del mundo, bajo términos académicos que articulan localizaciones geográficas y epistemológicas, desplazando y negando conceptos geoculturales de la modernidad occidental, *prácticas disciplinarias* y discursivas que

¹⁷ Roberto Fernández Retamar. *Nuestra América y Occidente*. Pág. 51. Ed., Casa de las Américas. (1976).

¹⁸ El antecedente del posoccidentalismo es el relato antioccidental, elaborado por la inteligencia criolla americana posterior a los movimientos de independencia. Se va gestando en torno a la transformación de “indias occidentales”, “América/Nuevo Mundo”, “hemisferio occidental” y “nuestra América” del cubano Martí, evolución que llega hasta formulaciones de autores como Edmundo O’Gorman, para quien el discurso de las indias occidentales es el pasado concluido.

intentan rescatar al sujeto latinoamericano, en tiempo, espacio, memoria y localización¹⁹.

Estos planteamientos posoccidentalistas tienen sus correspondientes en el movimiento en la región que integra zonas de distintos países del istmo centroamericano con la reinención discursiva de Mesoamérica como respuesta a lo que se considera penetración de la globalización en los espacios nacionales.

4. Conclusiones

En la medida en que el capitalismo fue implantándose, como formación económica, las representaciones liberales del siglo XIX se incorporaron al Estado y al imaginario nacional. Con ello se da un proceso de homogeneización del conjunto social, puesto que aquellas suponían a todos iguales ante la ley. Aun así, la diversidad identitaria y cultural en Chiapas se mantiene. La dominación ladina se ha centrado en la posesión de la tierra, por lo que en esa lucha los indígenas han mitificado su territorio como ancestral, de tal modo que se trata de recuperarlo.

Las etnicidades fueron reconocidas jurídicamente en el proyecto liberal del Estado, velando su diversidad. En este discurso solo existe una cultura, una historia y derechos ciudadanos iguales para todos los habitantes del país, ocultando la dominación sobre la realidad multiétnica, cumpliendo la función de legitimar; lo que para el Estado es la corriente principal de raza, clase y nación²⁰.

El discurso liberal legitima la dominación como homogeneidad impuesta, recupera elementos significativos étnicos marginales al patrón

¹⁹ Immanuel Wallerstein. Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. Ed., Siglo XXI Editores. (1996).

²⁰ Brackette F. Williams. A Class Act. Anthropology and the Race to Nation Across Ethnic Terrain. Annual Review of Anthropology 18. 1989. Pág. 437.

nacional, en los cuales también se dan zonas de resistencia con estrategias de supervivencia y acción política²¹.

En este discurso las distintas culturas no pueden ser la base de derechos civiles o políticos diferenciados culturalmente, como los que se establecieron en la firma de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar (Gobierno Federal y el EZLN, 1996), en los que se aceptaron derechos colectivos para los pueblos indígenas, pero después el Estado mexicano se negaría a aceptar en la reforma constitucional del 2002, pues esto socaba su naturaleza liberal al contravenir la homogenización e igualdad de derechos individuales sostenidos por esa postura²².

En la posrevolución la exaltación nacionalista de la “raza cósmica” puso al mestizaje biológico y cultural como identidad étnica nacional —*mestizoamérica* la llamó Aguirre Beltrán—, convirtiendo al mestizo en arquetipo de la nacionalidad mexicana, fundada en el rescate de valores culturales indios. La redención de estos consistía en incorporarlos a la civilización occidental dominante, asimilando subordinadamente la heterogeneidad étnica. Este mestizaje también fue discurso y estrategia de contención, de legitimación del Estado²³.

Los discursos identitarios se apoyaron en la academia, con nociones creadas por la antropología; definieron sociedades al margen del colonialismo y el capitalismo occidentales, en tanto parte de un pasado; y se pretendió contener la *desindianización* y su asimilación absoluta a la cultura nacional. Por otro lado, se produjeron elementos hegemónicos asociados con el origen, las costumbres, la descendencia común, los estilos de vida, el lenguaje y la religión, para imponer a las élites con grandes narrativas, compartidas, en general, por los miembros del Estado nación.

²¹ Susana del Valle. Etnicidad: discursos, metáforas, realidades. En *La diversidad prohibida: resistencia étnica y poder de Estado*. Comp. Susana del Valle. Págs. 20-21. Ed., El Colegio de México. (1987).

²² Evodio Escalante. Racionalidad y mistificación en tojolabal. En *Racionalidad: lenguaje, argumentación y acción*. Comp. Carmen Trueba Atienza. Págs. 52-53. Ed., Plaza y Valdés Editores. (2000).

²³ José Vasconcelos & Raymundo Ramos. *La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana*. Ed., Instituto de Capacitación Política. (1981).

Bibliografía

- Anthony Giddens. Consecuencias de la modernidad. Ed., Alianza, Madrid. (1993).
- Arturo Cornejo Polar. Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas. Ed., Horizonte. (1994).
- Benedict Anderson. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Ed., Fondo de Cultura Económica. (2005).
- Brackette F. Williams. A Class Act. Anthropology and the Race to Nation Across Ethnic Terrain. Annual Review of Anthropology 18. 1989. Págs. 401-444.
- Carlos Lenkersdorf. Hombres verdaderos. Voces y testimonios Tojolabales. Ed., Siglo XXI. (1996).
- Enrique Dussel. Europa, modernidad y eurocentrismo. En La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Comp. Edgardo Lander. Ed., CLACSO-UNESCO (2000).
- Enrique Florescano. Los mitos fundadores de Mesoamérica. La Jornada. 24 de junio de 2003.
- Evodio Escalante. Racionalidad y mistificación en tojolabal. En Racionalidad: lenguaje, argumentación y acción. Comp. Carmen Trueba Atienza. Ed., Plaza y Valdés Editores. (2000).
- Gunther Dietz. Multiculturalismo, interculturalidad y educación: una aproximación antropológica. Ed., Editorial Universidad de Granada y CIESAS. (2001).
- Immanuel Wallerstein. Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. Ed., Siglo XXI Editores. (1996).
- José Vasconcelos & Raymundo Ramos. La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana. Ed., Instituto de Capacitación Política. (1981).
- Julio Ortega. El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina. Ed., Fondo de Cultura Económica. (1998).

- Roberto Fernández Retamar. *Nuestra América y Occidente*. Ed., Casa de las Américas. (1976).
- Roland Robertson. *Globalization: Social Theory and Global Culture*. Ed., Sage Publications. (1992).
- Santiago Castro-Gómez & Eduardo Mendieta. *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Ed., Miguel Ángel Porrúa. (1998).
- Susana del Valle. *Etnicidad: discursos, metáforas, realidades*. En *La diversidad prohibida: resistencia étnica y poder de Estado*. Comp. Susana del Valle. Ed., El Colegio de México. (1987).